

EL ECO DE CARTAGENA

Viernes 2 de Noviembre de 1882

La decadencia de España

DESDE MEDIADOS DEL SIGLO XVI
á igual época del siglo XVIII.

—o—
LV.

El día siete de Junio de mil seiscientos cuarenta, festividad del Santísimo Córpus Cristi, día en que el mundo católico celebra con públicas demostraciones el más grande de los misterios, es una fecha luctuosa en la historia de la ciudad condal. Dios permaneció en sus altares, y el acento de las campanas y á los místicos, regocijos, substituyeron el fragor de las armas y el furor de las pasiones; las calles en vez de flores se alfombraron de sangre; la consternación fué general, y el miedo y el pavor tomaron asiento donde debían reinar la alegría y las más puras de las expansiones.

La insurrección bajó del monte á la llanura. Ya desde la víspera que se veían por las calles de Barcelona numerosos grupos de aldeanos y segadores; su actitud, nada pacífica alarmó al virey, quien hubo de advertir á los magistrados municipales la conveniencia de cerrar la entrada á tales gentes, á lo cual se negaron los consejeros bajo especiosos pretextos, contestando por último á sus reiteradas escitaciones, que á ellos solo tocaba aconsejar, y que á su autoridad, como gobernador de la provincia correspondía el acudir á la represión, si la necesidad lo hiciese necesario. Las turbas mientras tanto se quejaban por todas partes sin rebozo del rey y de la provincia, de las violencias del virey, del arresto de los conejeros, de la política de Castilla, y de la licencia de los soldados. En vano estos moderaron sus actos, y revisiéronse de prudencia, sufriendo en silencio insultos y provocaciones; nada era ya bastante á contener la sedición; esta estalló por fin, y comenzó la lucha entre catalanes y castellanos. Las primeras fuerzas destinadas á contrarrestarla fueron vencidas, triunfo que dió mayor aliento á los rebeldes, haciéndose el encarnizamiento general. Por todas partes no se escuchaban más que gritos de *¡venganza! ¡viva la Cataluña y los catalanes! ¡muera el mal gobierno de Felipe!* El virey que todo lo temía, aun más de los arcabuces de su guardia, se prestó á ceder á las reclamaciones del pueblo, entregándole la dirección de los negocios públicos, pero el pueblo no quiso recibir de gracia lo que podía tomarse por sí mismo; entonces pensó en la fuga, pero ya era tarde; por la parte del mar tenía cortada la retirada; volvió con vacilante paso por

la orilla que dá frente á la ribera de S. Beltran, donde agobiado de afrenta, y falto tal vez de alientos para arrostrar la muerte, cayó en tierra, presa de mortal desmayo, y en este estado fué asesinado con cinco puñaladas en el pecho. Así murió D. Dalmacio de Queralt, conde de Sta. Coloma.

Cuando esto acontecía, la ciudad toda estaba ya entregada al furor de los insurrectos; un rumor sordo, como la voz de la tempestad se dejaba oír por todas partes, al mismo tiempo que el humo del incendio se elevaba en negras espirales; se profanaron los templos, se allanaron los claustros, y los castellanos eran tratados como víctimas de espionaje hasta aquellos hijos del país, si bien cuya compasión daba asilo al perseguido, ó cerraba las puertas á los amotinados, eran también asesinados. Ultimamente se forzaron las prisiones y la insurrección se vió rebustecida de los criminales que en ella debieron su libertad. A ejemplo de Barcelona se alzaron también las ciudades de Lérida, Gerona y Barcelona, y sucesivamente todo el resto de la Cataluña. En Tortosa se desfilaron tres mil reclutas, obligados se por juramento á no combatir jamás contra los catalanes.

Richieu halló en estos acontecimientos la mejor coyuntura, el medio que buscaba para el desarrollo de sus planes, tan atrevidos como habilmente preparados. A instigación suya, los catalanes se erigieron en república, bajo la protección de la Francia. Esta es la primera vez que en España se pensó en tal forma de gobierno. Por su parte Luis XIII les prometió socorrerlos, si el rey de Castilla tratara de subyugarlos de nuevo y de despojarles de sus privilegios.

Como era de esperar, Felipe IV movió sus armas contra la provincia rebelde, enviando al marqués de los Velez con poderoso ejército, cuyas primeras operaciones se dirigieron contra las plazas de Tortosa y de Cambrils, que se entregaron sin resistencia; las villas que intentaron defenderse fueron incendiadas, y los prisioneros degollados, y si eran oficiales colgados de los pies en las almenas de las murallas. La fiereza del castellano le llevó á decir á la guarnición del Cambrils, cuando esta se ofreció á rendirse, *que no podía perdonar á rebeldes sin cometer un sacrilegio.*

Semejante proceder solo sirvió para aumentar la irritación de los catalanes; así fué que cuando el marqués de los Velez se presentó ante los muros de Barcelona halló en sus defensores tan heroica resistencia que tuvo que levantar el sitio desesperado de poderla reducir, no sin dejar en el campo dos mil hombres entre muertos y heridos.

Era, pues, llegado el caso de que Luis XIII cumpliera su promesa, y en diez y ocho de Setiembre de mil seiscientos cuarenta y uno firmó un pacto por el cual aceptaba el principado de Cataluña con los condados del Rosellón y de la Cerdeña. Al mismo tiempo juró respetar los privilegios de sus nuevos súbditos, dejar á los Estados el derecho de fijar las contribuciones; no conceder más que á Catalanes los beneficios eclesiásticos y los empleos civiles de la provincia, dar á los diputados que se enviaran el rango de embajadores, y permitirles cubrirse en su presencia. Desde entonces las monedas de Cataluña cambiaron de busto tomando el de Luis XIII con título de conde de Barcelona.

Los catalanes aceptaron gustosos las anteriores proposiciones y se hicieron comunes los intereses entre la Francia y el nuevo estado, como común también la defensa entre ambos países contra el poder de Felipe IV, así se les vió luchar juntos y llevar la guerra hasta las fronteras de Aragón y de Valencia. El monarca castellano tuvo el hondo pesar de ver perderse tras de la Cataluña, los condados del Rosellón y de la Cerdeña, que no habia de volver á recobrar, y vió así mismo perderse para siempre al Portugal, suceso preparado también por Richieu, según tendremos ocasión de ver mas adelante.

Por fin al cabo de doce años, Barcelona pide perdón de su desobediencia y se rinde á D. Juan de Austria, viniendo después la paz de los Pirineos á completar la obra de restauración, poniendo de nuevo la Cataluña bajo el dominio de Castilla, con escepcion del Rosellón y la Cerdeña que quedaron para la Francia.

Así terminó la revolución de Cataluña, parto fuerte de una funesto política. De esta manera tras de grandes luchas, provocadas casi siempre por ella, ó no evitadas con prudencial juicio, iba perdiendo España sus gloriosas conquistas. Cuando los preliminares para la paz general cuando ninguna de las partes contendientes querían perder nada de su altivez ni de sus derechos, solo la España se encontraba dispuesta á ceder; solo ella consintió en ser despojo de las demás; tal era ya su debilidad. Aquí vemos cumplida aquella máxima que dice *que quien todo lo quiere todo lo arriesga*; ó vulgarizando el concepto: *quien mucho abarca poco aprieta.* Ella quiso abarcar el mundo, y el mundo se vino sobre ella. Así concluyeron siempre los grandes imperios.

No cerraremos este capítulo, sin hacer notar una coincidencia singular. El mismo día que Barcelona dió el grito de insurrección, y casi á la misma hora en que su gobernador

el conde de Santa Coloma rendía la vida bajo el furor de las pasiones en una modesta casa de la Coruña esperaba también un hombre ilustre, gloria de España, honor de su marina de guerra, D. Antonio de Oquendo, el héroe de *Las Dunas*, vencedor en cien combates, terror de los mares el que jamás volvió la espalda al enemigo. Allí un pueblo ébrio de su venganza, atronaba los aires con los rugidos de su cólera; aquí otro pueblo se apiñaba silencioso delante de la casa de un moribundo, y derramaba lágrimas y hacia votos por la salud del ilustre enfermo. El día del Corpus del año mil seiscientos cuarenta recordará siempre en nuestra historia dos pérdidas inmensamente dolorosas: Felipe IV, con la rebelión de la Cataluña perdió uno de los más hermosos coronas de su corona; la España en D. Antonio de Oquendo el mas firme sostén de sus marítimas glorias. La Cataluña, pudo recobrar, aunque menos caba da en su integridad, pero Felipe IV no pudo hallar otro Oquendo.

Poco tiempo después de la muerte de este valiente marino, la escuadra francesa del almirante marqués de Brizé derrotó la flota castellana delante de Cádiz. En este jornada, cinco de nuestros galeones quedaron fuera de combate; el navio almirante se fué á pique con su valioso cargamento, estimado en más de seiscientos mil escudos de oro, y mil y quinientos de nuestros marinos hallaron honrosa tumba en el fondo del Océano.

Manuel Gonzalez.

CRONICA

Durante el pasado mes de Noviembre, se han recaudado en la Aduana de esta ciudad, derechos por valor de 303,682 ptas. 07 cénts.

Los despachos cursados en Noviembre por la estación telegráfica de esta ciudad han sido 6754, obteniéndose una recaudación de 9416 ptas. 15 cénts.

Oportunamente recibimos el cuaderno núm. 137 de la importante obra del Sr. Barcia «Primer Diccionario general etimológico de la Lengua Española» que edita la casa Faquinetto de Madrid.

Ha terminado la letra R comenzando la S.

Admite los pedidos Velazquez, calle de Campos, centro de suscripciones.

«La Ilustración cántabra y La Revista hispano-americana» desaparecen del estudio de la prensa.

Ambos eran dos notables y bien escritos periódicos, que han prestado